

CULTURA

52,4 millones de euros

Rubens bate récord en subasta

El cuadro "Lot y sus hijas", del pintor Peter Paul Rubens (1577-1640), fue vendido por 52,44 millones de euros (ó 58,16 millones de dólares) en una subasta celebrada el jueves en Londres, confirmó ayer la casa Christie's. Según la firma, se trata de la cifra más alta alcanzada por una obra de un maestro clásico en esta casa de subastas. "El cuadro es una obra maestra que el artista pintó en su madurez temprana", señaló Christie's. Rubens ya había marcado un récord de cotización en 2002, cuando su pintura "La masacre de los inocentes" se vendió en Sotheby's por 64,05 millones de dólares al cambio actual.

Novedad editorial
Minuciosa biografía
de Alfredo Alcón

"Los caminos de Alfredo Alcón", de Mario Gallina, es un volumen de casi 490 páginas que publican Prosa Editores y el Instituto de Artes del Espectáculo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. El libro incluye reportajes y hasta recortes periodísticos referidos a la vida del gran actor argentino, que murió en 2014.

Campaña
Homenaje a Witold
Gombrowicz

El martes 16 de agosto se concretará, en el Teatro El Globo, el evento gratuito "Contra los escritores" en el que más de 20 famosos leerán textos del escritor. Para colaborar con la financiación: panaldeideas.com/proyectos/contra-los-escritores/

Fue conocida en los años 60

Sus obras se exponen en la Galería Formosa

Ana Sokol, la pintora y peluquera que supo imaginar la belleza, revive en una muestra

Llegó desde Europa en 1922, junto a su familia. Peluquera hábil, exponía en el pasillo que unía su casa con el trabajo.

Mercedes Pérez Bergliaffa
seccioncultura@clarin.com

Ucraniana, llegada a la Argentina después de la Segunda Guerra Mundial desde un pequeño pueblo de nombre cambiante, la peluquera Ana Sokol fue, además de una experta artesana de los cabellos, una pintora rara y mítica que cayó en el olvido. Vivió momentos de gloria durante los años 60 —aunque no un estrellato, nunca tuvo un éxito abrumador— y luego pasó a vivir y finalmente morir sola, olvidada, en un asilo porteño, en 1989. Ahora una muestra rescata del letargo injusto y profundo a esta artista completamente original: "Ana Sokol. Retrospectiva", organizada por la pintora Paola Vega, se expone actualmente en la galería Formosa (Delgado 1235, Colegiales).

Son sólo 17 pequeñas pinturas —ninguna está a la venta, todas tienen dueños y nadie quiere desprenderse de ellas—, categorizadas como lo que generalmente se llama "arte naïf" o "arte ingenuo". Son simples y alegres y —lo que es muy difícil de encontrar hoy en día por las exposiciones— carecen de especulación. No tienen pretensión. "Sokol pintaba como lo sentía, como le salía, por fuera de las normas académicas y de las modas", comenta Vega. Sokol pintaba recordando, alojándose en

el espacio de una infancia remota en fuga; con su nervio brusco expuesto. Dibujaba recordando a su pueblo, a su padre herrero; sus plantas y animales: patos, cabras y cerdos; y esos árboles presentados como manoplas verdes y torpes. Pintaba alojándose en la religión, con un Noé más pequeño que la paloma del Espíritu Santo pegado a su esposa entubada en un vestido de terciopelo rojo. El Arca de Noé en el que viajaban —"uno de sus hits", comenta Vega, "porque Sokol, cuando conseguía vender un tema o motivo, lo repetía una y otra vez y eso pasó con el Arca"—, es un cisne de madera gigante.

En los años 60 la ucraniana exponía sus obras en el pasillo que iba desde su lugar de trabajo (la peluquería) hasta su casa: ambos estaban separados tan sólo por una cortina. Detrás de ella vivían la pintora y su hija. Al frente, la vidriera del negocio —ubicado en la zona del

Bajo, cerca de 25 de Mayo y Alem—, era otro espacio de exposición.

Los artistas que en esa época se juntaban a discutir sobre arte en el legendario y cercano bar Bárbaro —Felipe "Yuyo" Noé, Rogelio Polesello, Oscar Smoje y Carlos Bissolino— pasaban usualmente delante de la peluquería de Sokol y solían entrar a ver las pinturas. "Ella era como una especie de Henri Rousseau (el artista francés): una Naïf mujer", comenta Bissolino. "Me quedó marcado su acento".

Si bien actualmente la pintura Naïf está dejada de lado en nuestro país, durante los 50-70 tenía su mercado fluido: varios de los artistas cultores de ese género se agrupaban en la galería El Taller, de Niní Gómez Errázuriz, Nina Rivero y Leonor Vassena. De ellas actualmente vive sólo Rivero, de 90 años. "Fue quien me recordó que Leonor Vassena vio los bordaditos y figuras de papel que armaba Ana en su peluquería, y entonces le regaló pinturas, sugiriéndole pintar nuevamente", dice Vega. La ucraniana había dejado la pintura en 1963.

Los tres gatitos de pelo pajoso —la patita de uno apoyada sobre la del otro—, miran desde la pintura de Sokol, cercana a la de una chica rubia vestida con motivos folk. La chica —¿Sokol?— se toma el delantal sonriendo. Cerca, el florero lleno —sobre un mantelito tejido al crochet— indica discretamente la posibilidad de lo amoroso del hogar y la ligereza de una alegría de escala franca. O cómo la imaginación de una mujer puede construir bellos y delicados paraísos, aún lejos, al margen y sobreviviendo al exilio.

Fragmento

De Mujica Láinez a Sokol, con respeto

El escritor Manuel Mujica Láinez, amigo de las galeristas de El Taller, le escribió a Ana Sokol su único texto crítico "serio". "(Ana) comenzó a bordar, a tejer alfombras, a inventar flores de papel", decía. "Hace tres lustros descubrió que podía pintar. La maravilla de los colores alejaba de su recuerdo la imagen de la madre y los tres hermanos remotos, de la miseria de Ucrania". Fue el único crítico que supo observar.



Retrato. La pintora y peluquera en su negocio, junto a sus cuadros.



Mujer sentada. Un retrato con algo de nostalgia por Ucrania.